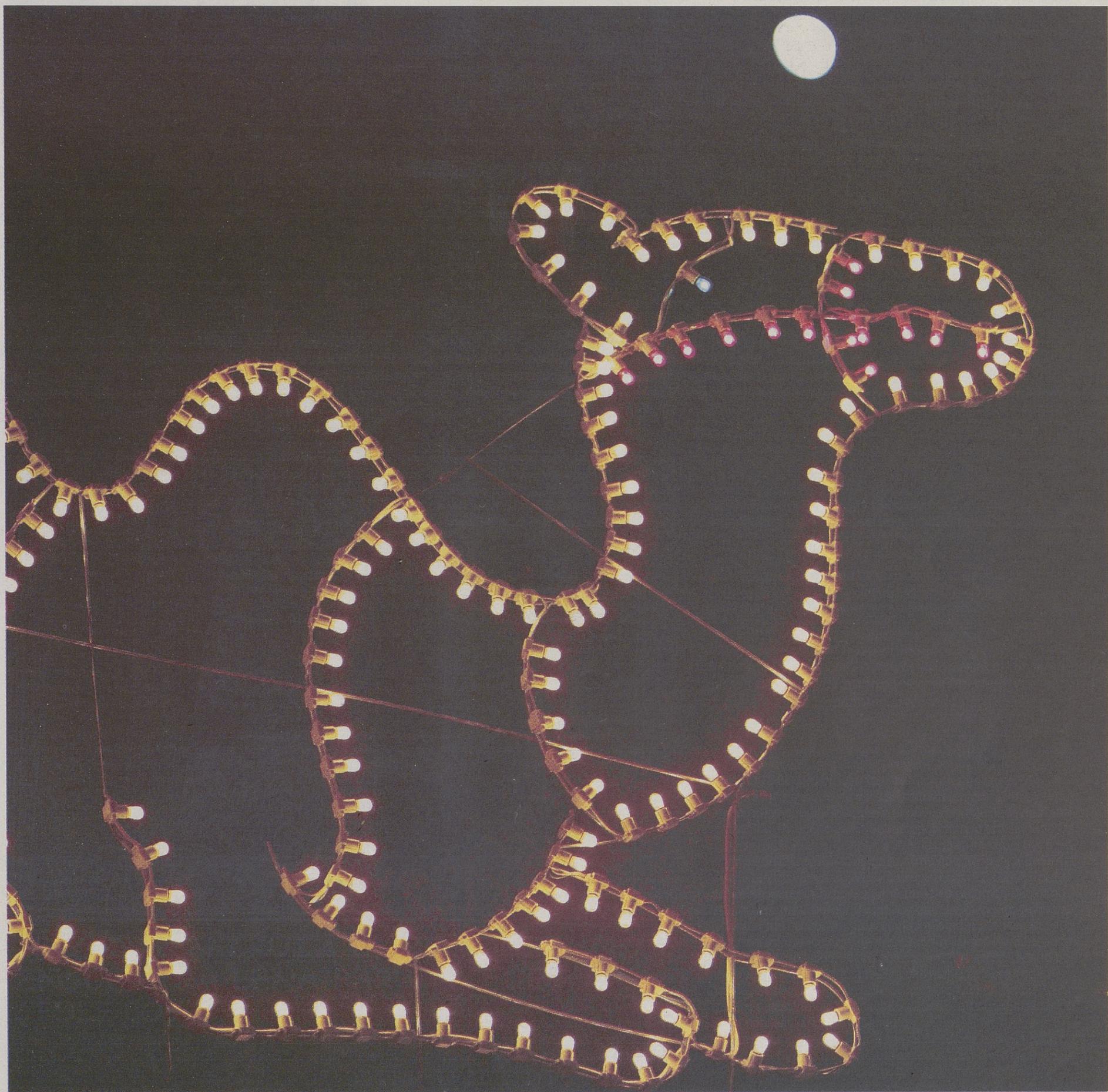


la **R**evista

de Navidad 

DOMINGO
26 DE DICIEMBRE DE 2004



PÁGINAS 8 Y 9



«El intérprete»

Un relato de Jordi Soler, en el que el lenguaje, una mezcla de español de América e inglés, se erige como protagonista.

PÁGINA 14



«Flor de Pascua»

Una narración de la abulense María Soraya Geijo Uribe, en la que el protagonista es el menor de dos hermanos.

PÁGINAS 6 Y 7



«El caza interceptor»

Un cuento satírico del escritor venezolano Ibsen Martínez en torno a un laboratorio destinado a elaborar una telenovela.



¿NACIÓ JESÚS el 25 de diciembre?

JOSÉ LÓPEZ PÉREZ

Este es un tema que desde hace siglos, de vez en cuando, va saliendo en libros y revistas de todo el mundo. Y si difieren en algunas cosas o datos, en una, esencialmente, están todos más o menos de acuerdo: y es que Jesucristo no nació en el año que fijan nuestros calendarios. Todos los que han tocado este tema fijan la fecha del nacimiento de Jesús entre 5 y 7 años antes.

La Iglesia Católica celebra la conmemoración del nacimiento de Jesús el 25 de diciembre, pero esto no quiere decir que Jesús naciera ese día y tampoco hace los años que marcan nuestros calendarios.

La Navidad cristiana tiene su origen en una fiesta solar que, en el calendario romano, seguía a los *Saturnales*, durante los cuales se abolían las diferencias de clases, dedicándose a un desenfundado *Carnaval*.

El Emperador Augusto elevó el culto del sol a religión de estado, instituyendo la fiesta del sol

invictus, que caía el 23 de diciembre.

Posteriormente, allá por el año 313, a esta grande fiesta pagana, el Emperador Constantino unió la del nacimiento de Jesús que venía celebrándose el día de la Epifanía, o sea, el 6 de Enero. Por razón de la precesión de los equinoccios, la fecha de la Natividad fue posteriormente rectifi-

en los primeros años del cristianismo, esta conmemoración se celebraba el 25 de marzo. Los evangelistas no nos aclaran nada. Sólo nos dicen: "Nacido, pues, Jesús en Belén de Juda en los días del Rey Herodes, llegaron de Oriente a Jerusalén unos magos. Mat. 2,1

"Y la estrella que habían visto

El grande astrónomo Képler, confrontó la llamada estrella de Belén con la Nova que apareció en el año 1604 durante la conjunción de Júpiter con Saturno y Marte en la constelación de Sagitario. Según él, la estrella de los magos había sido una nova (una nova es la luz derivada de la explosión de una estrella), aparecida en el año 7 antes de Cristo,

que señalan el año cero, el *estellium* se verificó en la primavera del año 5 a.c., pero diversas fuentes atendibles, fijan esta conjunción al 29 de Marzo del año 7 a.c.

Por otra parte, desde hace siglos, en la tradición religiosa se representan los nacimientos con un cometa como expresión de la estrella de los magos y parece ser que la culpa de esto -si culpa se puede llamar- la tenga el pintor de Florencia (Italia) Giotto, que cuando estaba ultimando el celebre cuadro de la Natividad "vio aparecer en el cielo el cometa *Halley* y no dudó en pintarla encima de la gruta".

Esta hipótesis, el que hubiera sido un cometa la estrella de los magos, no tiene ninguna prueba científica, pues ni efemérides, ni anales, ni crónicas registran este acontecimiento, antes al contrario, lo desmienten categóricamente.

El mayor crédito a la estrella que nos dice el Evangelio, es el de la conjunción de los planetas,

EN EL AÑO 354, SAN CIRILO, OBISPO DE JERUSALÉN, ESTABLECIÓ QUE LA FECHA DE LA NATIVIDAD FUERA CELEBRADA EN TODA LA IGLESIA CATÓLICA EL 25 DE DICIEMBRE

cada y puesta al 25 de diciembre, como se celebra en la actualidad.

En el año 354, San Cirilo, obispo de Jerusalén estableció que la fecha de la Natividad fuera celebrada en toda la Iglesia Católica el día 25 de Diciembre como la más apropiada para esta celebración. Pero téngase presente que

en Oriente, iba delante de ellos hasta que fue a posarse sobre el lugar donde estaba el Niño". Mat. 2,9.

Según este dato, la astronomía podría venir en nuestra ayuda para resolver este misterio.

Esta estrella es otro de los enigmas de la Historia.

durante la conjunción de Júpiter-Saturno en la constelación de Piscis. Képler, sostiene, además, que esta conjunción fue visible también en el año 6 a.c., resultando más luminosa en primavera por el *estellium*, o conjunción de Júpiter, Saturno, Marte y Venus; pero en las efemérides

SI NO HAY CORRECCIONES, SE GENERA UN DESPLAZAMIENTO DE LOS ACONTECIMIENTOS

incluso porque si hubiera sido un cometa, o una nova, este fenómeno lo hubiera visto un grandísimo número de personas y Herodes, de cualquier manera, hubiera sido informado, o él mismo lo habría visto y no hubiera tenido necesidad de interrogar a los magos, como refiere el Evangelio.

La estrella que vieron los magos, no debió ser, de ninguna manera, un fenómeno astronómico llamativo.

Lo de la conjunción de los planetas, es el fenómeno celeste más atendible por varias razones.

La primera, es que generalmente, cuando se dan estas conjunciones, en el espacio de algunos meses, se repite por el efecto de los movimientos de translación de los cuerpos, y esto cuadra con el Evangelio.

“Hemos visto la estrella en oriente. (...) Y la estrella se posó sobre el lugar donde estaba el Niño”

La segunda razón es que, habiendo sido un acontecimiento astronómico reservado solamente a los iniciados, los magos, que en esos tiempos eran astrónomos y astrólogos, supieron interpretar el signo, quizá también guiados por la fuerza de Dios.

Lo que si está claro es que Júpiter y Saturno se encontraron en conjunción el año 747 de Roma, o sea, el año 7 a. c.

En realidad, a causa de un error tan antiguo como los años de nuestros calendarios, muchas de las fiestas o conmemoraciones, comprendida la de Navidad, no son exactas, como testimonia el historiador hebreo Flavio Josefa, porque el año 754 de Roma, donde va situado el año cero, o mejor dicho el año uno, pues también el cero fue dejado aparte, Herodes ya hacía cuatro años que había muerto.

Herodes murió en el año 750 de Roma. Ciertamente, Jesús nació antes de su muerte y muy probablemente en el año 747 de Roma, o sea, 7 años antes de lo que estamos conmemorando, y no en el mes de diciembre, pues el mismo San Lucas nos dice: “Había en la región unos pastores que moraban en el campo velando sobre su rebaño”.

En aquellos tiempos, era costumbre en esa región llevar los rebaños al campo, día y noche, desde el mes de marzo hasta el mes de octubre, por lo que era muy improbable que en el mes



ES MUY IMPROBABLE QUE EN EL MES DE DICIEMBRE, EN AQUELLOS TIEMPOS, Y EN AQUELLA REGIÓN, ESTUVIERAN DE NOCHE LOS PASTORES EN EL CAMPO. ESA COSTUMBRE SOLÍA MANTENERSE EN VIGOR ENTRE MARZO Y OCTUBRE

de diciembre estuvieran de noche los pastores en el campo.

A la luz de cuanto he anteriormente expuesto, es muy probable, por no decir casi seguro, que Jesús nació alrededor del 29 de

Marzo y 7 años antes de lo que estamos contando en nuestros calendarios.

Es muy significativo el hecho de que en los primeros siglos la Iglesia Católica celebrara esta

fiesta el día 25 de Marzo, y en aquellos tiempos estaban más cerca de los acontecimientos históricos que nos ocupan. Las reformas de los calendarios, y sobre todo los efectos relacionados

con la precesión de los equinoccios van cambiando las fechas y los días, y si estas no se corrigen, a través de los siglos, tenemos un desplazamiento notable de los acontecimientos históricos.

Érase una vez...
en Navidad



“La prueba más clara de sabiduría es una alegría continua”. Montaigne

RELATOS DE NAVIDAD

Solamente una persona ha visto el accidente de la ranchera. Es una niña que está intentando atrapar un grillo en uno de los márgenes de la carretera que cruza el bosque de Dromeda. Se acerca al coche, donde todavía suena la música de Bach, y allí comprueba que todos sus ocupantes han muerto. Consigue introducirse en el vehículo y se queda haciendo compañía al cadáver de otra cría de su edad para que no esté sola.

Dromeda



FERNANDO VICENTE

por Ignacio del Valle

La niña ha sido la única que lo ha visto. La única que cuando aparezca la furgoneta de atestados podría contarle al agente que, mientras ella se encontraba intentando sacar un grillo con una ramita de una de esas guaridas tan incómodas donde se esconden, en uno de los márgenes de la carretera que cruza el bosque de Dromeda, justo en mitad de la recta donde los coches suelen coger más velocidad, la ranchera efectuó un giro brusco, inexplicable, que la hizo volcar, dar varias vueltas de campana (no recuerda cuántas) y empotrarse de lado, boca abajo, contra uno de los árboles que orillaban el asfalto. Asimismo, la niña podría probar que, a pesar de hallarse entretenida con su particular caza menor, no perdió detalle del accidente debido a que segundos antes había oído el motor cogiendo revoluciones y, aunque los coches no le llamaban demasiado la atención, el color gris metalizado de la ranchera destellando contra el sol vertical del mediodía la había hechizado momentáneamente. El topetazo provocó

un aleteo y fuga de aves entre la frondosidad, y que el grillo tras el que tanto había porfiado diese un salto fuera de su guarida y desapareciera. Cuando la hojarasca, la madera, el metal y el eco sonoro del topetazo cedieron poco a poco a la gravedad, un silencio hondo volvió a tomar posesión del bosque. Únicamente un hilillo de música (Bach, identificó más tarde uno de los agentes) continuó discutiendo entre el silencio.

La niña no ha llorado ni gritado; ni siquiera tiembla. Espera un rato más, entra en la carretera y camina hacia la ranchera. La música tira de ella como un flautista encantado. Cuando llega a la altura de la puerta trasera, se pone en cuclillas y observa, a través del cristal roto, la cabecita ensangrentada de otra cría, aproximadamente de su misma edad, que a su vez la observa a ella con unos ojos marrones y fijos. La niña no se extraña de la imposible postura en que ésta se encuentra, exactamente igual a su muñeca cuando se le cae al suelo y su cabeza adopta un absurdo ángulo respecto al cuerpo y un brazo se tuerce hacia delante y una pierna hacia atrás. Permanece un tiempo indefinido contemplando el cuerpo desmañado y, cuando cree que ya ha

visto todo lo que tenía que ver, siempre en cuclillas, se mueve hacia el asiento delantero. Junto al volante, descubre un perrito de plástico afirmando con su cabeza flotante que aún quedaban restos de violencia centrífuga y, a su lado, un hombre con la cuenca de un ojo vaciada y una rígida expresión de sorpresa en la cara. La niña todavía se mantiene algunos minutos más en tertulia silenciosa con los cadáveres, mientras Bach, con su magia blanca y negra, continúa dotando a la escena de tintes oníricos. Luego, confirmando una vez más a su alrededor que no hay nadie a quien pedir ayuda, la niña vuelve a la ventanilla trasera, junta sus manos de una forma incómoda a fin de poder introducirse en el interior de la ranchera, y se encaja allí como puede, junto a la otra niña, pegada a ella, para que no esté tan sola hasta que llegue alguien.

El bosque de Dromeda cruza la provincia de norte a sur, y una autovía cruza el bosque de Dromeda de este a oeste. Antes de que la autovía, de reciente construcción, abriese el bosque en canal, se tardaba una eternidad en rodearlo por la antigua carretera que lo circunvalaba uniendo las dos ciudades más importantes de la provincia, situadas cada una en los extremos contrarios de Dromeda. Por esta autovía, y tan nueva como ella, avanza a buena velocidad una ranchera gris metalizada que acaba de ser estrenada por su propietario. Éste es un hombre de mediana edad perfectamente identificado con su vehículo; con el constante, predecible runrún de su motor, con la elegante ergonomía del tablero de mandos, con la decidida respuesta del volan-

“ Cuando llega a la altura de la puerta trasera, se pone en cuclillas y observa, a través del cristal roto, la cabecita ensangrentada... ”

“ Al llegar a una recta, el hombre aprieta el volante con un poco más de fuerza y acelera entre las olas verdes de los árboles. ”

te, con la agradable habitabilidad del interior... porque el hombre conduce su ranchera como conduce su vida, agarrado a un timón firme que transmite con seguridad el rumbo que elige; en este caso, un entorno familiar con mujer y una niña donde alcanzar el grado máximo de la felicidad: la monotonía. Al llegar a una recta, el hombre aprieta el volante con un poco más de fuerza y acelera entre las olas verdes de los árboles. Le gusta agarrarlo con ambas manos, sentir que tiene una sensación de control sobre las cosas. De hecho, ese día, desde que arrancaran, únicamente ha soltado el volante una vez. Aunque, en realidad, para ser exactos, fueron dos. La primera, cuando se puso a revolver en la guantera en busca de un compacto de Bach y lo introdujo en el reproductor. Nada más ponerlo en marcha, la música provocó que en el asiento trasero, su hija, a la que llevaba ese día a visitar a su abuela, saliera del mutismo contemplativo en el que la había sumido el bosque y comenzase a quejarse. La segunda, cuando al cabo de un rato, harto de soportar la tabarra de la cría, intentó quitar el compacto. Un intervalo en el cual, entre la ofuscación del momento y la distracción de la maniobra, la ranchera se escoró hacia el arcén de tal forma que, para cuando el hombre se dio cuenta del peligro que corrían, el margen de reacción se había estrechado tanto que el violento volantazo que dio sólo sirvió para

consuela de su obligación, es el extraño placer que le produce el bosque de Dromeda (una emoción casi sexual que prefigura su entrada en la adolescencia). Desde que han entrado en él, no puede dejar de mirar por la ventanilla. Ya antes de que la recién inaugurada autovía atravesara el bosque, cuando ocasionalmente tenía que ir a visitar a su abuela, residente en la ciudad gemela en el extremo opuesto del bosque, se sentía obsesivamente atraída por su inmenso e impenetrable borde vegetal. La noticia de que la autovía se hallaba en los últimos estadios de su obra le había producido unas sensaciones exóticas, extrañas, parecidas a las que idealmente experimentaría la madera clara, astillada, del árbol contra el cual se ha estrellado la ranchera; una madera que, inesperadamente, se ha encontrado con un mundo que no estaba destinada a ver. De hecho, y para acelerar sus obsesiones, había comenzado a soñar con Dromeda cada noche. Sueña que camina sobre sus mullidas alfombras de hierbas y hojas, con el viento susurrando entre las ramas, mientras se interna en su frondosidad a través de túneles vegetales cruzados por rayos de sol que se multiplican en las gotas de rocío posadas sobre las hojas, y cuyos finales están siempre en penumbra. Sueña que se echa bajo las verdes bóvedas, entre los helechos, el follaje húmedo, musgosos fragmentos de corteza, piñas descompuestas... y que se

“ Sueña que se echa bajo las verdes bóvedas, entre los helechos, el follaje húmedo, musgosos fragmentos de corteza, piñas descompuestas... ”

queda quieta, muy quieta, en un vivero de rumores y con todo el cielo verde concentrado en sus ojos, y hace como que es Dromeda, tiene raíces, respira lentamente, se hunde en las profundidades de la tierra, oscura, y observa a los gusanos, animalillos extraños, hilillos de agua, huesos, temblores, y luego mira hacia la luz, asciende como la savia hacia ella, hacia el sol, queda ciega por el sol, arriba, en las copas de los árboles, donde la luz nace, y luego vuelve abajo, donde se extingue, arriba y abajo, arriba y abajo, respirando, respirando, respirando... La música de Bach comienza de repente e interrumpe sus pensamientos, devolviéndola al interior de la ranchera desde la que ha estado contemplando el continuo verde de Dromeda. Frunce el ceño y endurece los músculos con tal intensidad que el esfuerzo produce una contracción espasmódica de sus labios. La música le molesta; la distrae de su comunión silenciosa con Dromeda, de su atención obsesiva, y la niña comienza a quejarse, a patear, con los ojos cerrados; y no los abre

que, en una averiada relación de espacio, velocidad, gravedad, azar y tiempo, el vehículo hiciera un extraño que lo lanzó por los aires. Un grito animal, aterrorizado. Un estropicio de cristales. Luego, silencio. En los ojos del hombre, todo duró un instante o duró para siempre. La niña ha muerto en la primera vuelta de campana. El golpe inicial contra el techo fue suficiente para romperle su delicado cuello. En su rostro ha quedado congelado el horror ulterior a la mueca de disgusto que le provocó el compositor preferido de su padre. Una mueca muy parecida a la que compuso horas antes cuando fue obligada a prepararse para ir a ver a su abuela, una mujer por la que no sentía precisamente adoración. No sólo porque era una mujer severa y poco cariñosa, además de que no le permitía tocar nada de su casa e iba detrás de ella constantemente advirtiéndole esto o lo otro o lo de más allá, sino porque odia profundamente esos besos rasposos que le da con su piel árida y llena de pelos negros. Lo único que la

queda quieta, muy quieta, en un vivero de rumores y con todo el cielo verde concentrado en sus ojos, y hace como que es Dromeda, tiene raíces, respira lentamente, se hunde en las profundidades de la tierra, oscura, y observa a los gusanos, animalillos extraños, hilillos de agua, huesos, temblores, y luego mira hacia la luz, asciende como la savia hacia ella, hacia el sol, queda ciega por el sol, arriba, en las copas de los árboles, donde la luz nace, y luego vuelve abajo, donde se extingue, arriba y abajo, arriba y abajo, respirando, respirando, respirando... La música de Bach comienza de repente e interrumpe sus pensamientos, devolviéndola al interior de la ranchera desde la que ha estado contemplando el continuo verde de Dromeda. Frunce el ceño y endurece los músculos con tal intensidad que el esfuerzo produce una contracción espasmódica de sus labios. La música le molesta; la distrae de su comunión silenciosa con Dromeda, de su atención obsesiva, y la niña comienza a quejarse, a patear, con los ojos cerrados; y no los abre

IGNACIO DEL VALLE

Nació en Oviedo en 1971.

BIOGRAFÍA

Tras obtener numerosos premios de narrativa corta, entre ellos el accésit de Gabriel Miró de relato corto 2001, por el cuento titulado *Casa enemiga*, ha publicado la novela *De donde vienen las olas* (Premio Internacional de Novela Corta Salvador García Aguilar). Ha colaborado con la editorial Alba (Barcelona) en la novela juvenil *Frankie* (1999). Ignacio del Valle tiene en su haber más de cuarenta premios de relato, entre los que destacan el NH Hoteles, el del Gobierno de La Rioja, así como el Premio Asturias Joven con *El abrazo del boxeador*.

Con *El arte de matar dragones* ha ganado el XXII Premio de novela Felipe Trigo que publica la editorial Algaida. Del Valle comentó que este libro "busca y encuentra entre los más sórdido de una sociedad en guerra [la trama está ambientada en la guerra civil española] las atmósferas más abyectas, en la derrota moral y en la trastienda de los pecados un cultivo fértil para dar aroma a esta novela".

hasta que la música cesa y lo último que ve es a su padre forcejear violentamente con el volante. Luego, comienza a gritar.

La mujer, medio dormida, sobresaltada, cruza la casa a toda velocidad hasta llegar a la habitación de su hija y prende la luz. En la cama, profiriendo aún unos alaridos ensordecedores, la niña permanece aferrada a la almohada. Su madre se precipita hacia ella y la abraza contra su pecho, pero la cría continúa lanzando aullidos discontinuos, con los ojos horrorizados, clavados en el techo. Con un sentimiento de culpa y embarazo, desplaza todo su amor a sus brazos, la estrecha contra su pecho y comienza a ceñir su voz a una letanía ancestral que va desactivando poco a poco su miedo. Una pesadilla más, piensa la madre. Su hija llevaba una semana inquieta, despertándose sobresaltada, pero nunca de aquella manera tan exagerada. Preocupada, continúa moviendo sus manos sobre ella como una pianista sobre un teclado conocido, y el llanto va perdiendo la partida, hasta que, agotada, la niña va poco a poco volviendo al sueño del que fue expulsada. La madre permanece con ella y, cuando se halla segura de que sus arrullos han dado resultado, arroja a la cría y vuelve a su habitación. Se acuesta y se acopla al cuerpo de su marido para recuperar el calor. Éste murmura entre la atonía del sueño si ha sido lo de siempre. Su mujer se aprieta fuerte contra él y le susurra que sí, pero que tampoco en esta ocasión se ha acordado del sueño. Sólo recuerda un grillo, acierta a silabear antes de dormirse, un grillo que se le escapa. Habrá que comprarle uno, resuelve su marido un instante antes de seguirla.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Atestado: Instrumento oficial en que una autoridad o sus delegados hacen constar como cierto algo. Se aplica especialmente a las diligencias de averiguación de un delito, instruidas por la autoridad gubernativa o policía judicial como preliminares de un sumario.

Ranchera: Automóvil con gran espacio trasero que permite aumentar la capacidad de pasajeros o de carga.

Onírico: Perteneciente o relativo a los sueños.

Ergonomía: Estudio de los datos biológicos y tecnológicos aplicados a problemas de mutua aceptación entre el hombre y la máquina.

Atonía: Falta de energía, vigor, fuerza.

Érase una vez...
en Navidad

“A la buena gente se la conoce en que resulta mejor cuando se la conoce”. Bertolt Brecht

RELATOS DE
NAVIDAD

Ibsen Martínez nos presenta un relato satírico que produce un gran regocijo al lector. La historia gira en torno a un laboratorio de semiología aplicada que un productor venezolano fundó a mediados de los años setenta con el único objetivo de crear una telenovela que robase espectadores a las de la muy famosa escritora Delia Fiallo que trabaja para un canal rival. La solución, como casi siempre, es sumamente sencilla.

El Caza Interceptor
De Delia Fiallo

por Ibsen Martínez

Un productor venezolano de telenovelas fundó, a mediados de los años setenta, un laboratorio de semiología aplicada. Buscaba acorralar la fórmula de un argumento inagotable y autosuficiente que resistiera la erosión de lo manido y el tedio anticipador del auditorio.

Necesitaba una telenovela de invariable invención, irresistible y proteica, capaz de derrotar una y otra vez los libretos de Delia Fiallo, exitosísima escritora cubana al servicio del canal de la competencia, cuyos culebrones ganaban impertérritamente las mediciones de audiencia desde hacía ya demasiado tiempo. El productor estaba harto de doña Delia y sus éxitos; el productor quería el arma absoluta.

El Enrico Fermi de aquel "Proyecto Manhattan" fue un periodista argentino, peronista de izquierdas y amateur de alto desempeño. El Flaco Alfano había desarrollado un genuino interés por la semiología y alcanzado tan superlativo dominio autodidacta de sus técnicas de disección que nadie en el circuito académico del país podía equipararsele.

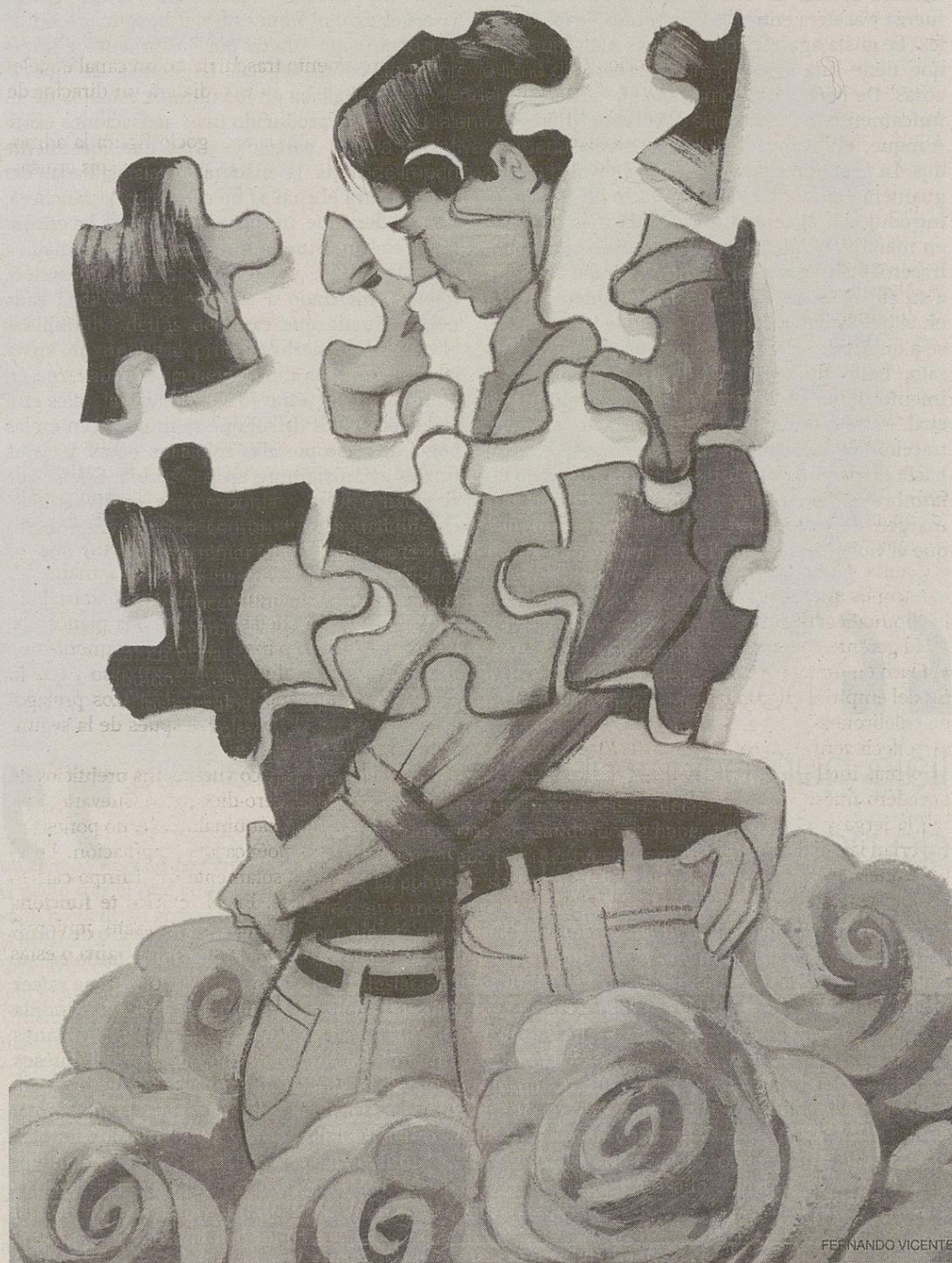
Había escapado de la junta militar fascista, al precio de dejar atrás a su familia y una anchurosa biblioteca de temas semiológicos que había comenzado a acumular en los años cincuenta, desde el día siguiente a la tertulia universitaria en que supo que existía Roland Barthes.

Desterrado a Venezuela, resolvió ofrecer profesionalmente sus saberes y buscó sitio como profesor de semiología en la Universidad Central de Venezuela. La alternativa era aceptar un puesto mal pagado como redactor publicitario en J.M. Walter-Thompson. Pero no conocía a nadie en la universidad y era indeciblemente tímido.

Deliberó entonces convertirse en un habitual del campus, haciéndose el encontradizo con nadie, pues a nadie conocía y era del todo incapaz de abordar a quien no hubiese sido presentado. Durante semanas siguió esa estrategia, hasta la tarde en que fue a sentarse en la última fila de butacas de un auditorio, a tiempo de presenciar un debate entre humanistas sobre la posibilidad y conveniencia de una telenovela que modelase conductas solidarias en la población.

El panel constaba de un sociólogo a cargo de un programa de la ONU en los barrios del oeste de Caracas, un antiguo miembro del Teatro Universitario, trocado en exitoso libretista de culebrones, y un sicólogo social.

Al Flaco le irritó el brillo mundano del libretista, su cinismo, su desenvuelta y fatua egolatría. Le irritaron todavía más las ínfulas del sicólogo social que cada tanto tomaba prestados conceptos de la física corpuscular o de la biogenética, vinieran o no a cuento. Admitió por primera vez ante sí mismo cuánto le chocaban el acento y los modismos venezolanos, el tuteo parejero, la ignorante temeridad y el morbosos igualitarismo de un país que no reconoce jerarquías de competencia.



Pidió la palabra y recriminó cansinamente a los del panel por "freír pamplinas" sobre la teoría del reflejo. Y a todos los demás por escuchar en calma tantas "pavadas behavioristas" en lugar de plantearse lo único que a su entender debía hacer: desconstruir la telenovela, inferir sus leyes de composición según un programa que comenzó a describir en todos sus detalles. De súbito, cobró consciencia de su ira y su enajenación de exilado pobre. Avergonzado de su impertinencia, dejó una frase en suspenso y abandonó la sala.

Renunció a la idea de hacerse profesor universitario y ya se resignaba al puesto que esperaba por él en la agencia publicitaria cuando sintió a sus espaldas unos pasos afanados en darle alcance. Alguien lo apostrofaba, alguien siseaba y le pedía acortar el paso. El Flaco se volvió para mirar y reconoció en el acto al sicólogo social del panel. El sicólogo le tendió la mano, jadeante. Sonreía:

-Permítame presentarme: soy el profesor Guevara. Me encantó su intervención. Muy lúcida, muy enterada. Brillante.

-Muchas gracias.

-¿Cree de verdad que pueda desarmar un caza interceptor ruso?

-¿Cómo dice?

-Desarmar un prototipo de caza interceptor.

“ El Flaco se volvió para mirar y reconoció en el acto al sicólogo social del panel. ”

Para ver cómo funciona. Acaba de decir que eso es lo que deberíamos hacer.

En su intervención, el Flaco había usado el símil de un caza interceptor soviético capturado por los israelíes en 1973 y desarmado para estudiar sus reactores, su armamento, su aviónica. Guevara notó la confusión del Flaco y se explicó:

-De noche soy profesor de Psicología Social. Pero de día trabajo para el Canal 2. El canal acaba de adquirir una telenovela completa de Delia Fiallo, aunque solamente los libretos, no los derechos de autor. Nos gustaría "desconstruirla", como dice usted. Para ver qué tiene adentro. ¿Cree que pueda con el encargo? ¿Puede venir a verme el lunes?

El canal destinó más de la mitad del piso de escritores al laboratorio del Flaco Alfano. Contrató, además, cinco estudiantes de Letras en la Universidad Católica, para asistir al Flaco en sus investigaciones.

Los chicos codificaban los 250 libretos robados de acuerdo a una guía que el Flaco elaboró tan pronto se encargó del laboratorio. Rellenaban cuadrículas con lápices de colores. Entre tanto, Alfano releía a Propp, a Greimas, Bremond, Todorov, Barthes, Derrida, Norris. Viajaba a congresos de semiólogos en Sao Paulo y México mientras sus pasantes desconstruían a Delia Fiallo.

Transcurrieron once meses antes de que pudiésemos ver el fruto de la desconstrucción, desplegado en un frondoso diagrama en la sala de conferencias del canal. La telenovela de la señora Fiallo había sido destazada según un método que se anunciaba como "Esquema actancial de Greimas-Gennete-Alfano para el análisis diegético-mimético de la telenovela".

En el papel milimetrado habían dispuesto filas y columnas. Las columnas venían identificadas como "actancia 1", "actancia 2", hasta llegar a la "actancia 225". Las filas eran "personajes". Había algunas "subfilas" denominadas "voces" en el esquema Greimas-Gennete-Alfano. Se apreciaban íconos que advertían sobre la diferencia entre lo "homodiegético" y lo "heterodiegético".

El gerente general nos presentó formalmente al Flaco en un tono que implicaba el principio del fin del empirismo propio del gremio de libretistas de culebrones.

A decir verdad, la conferencia del Flaco no nos hizo más inteligibles las claves del oficio ni más hacedero nuestro trabajo. Pero al gerente general, la jerga y el papel milimetrado de Alfano le sugerían la existencia de regularidades, simetrías, funciones, leyes de composición y estructuras en el mazacote narrativo de la Fiallo. Estaba muy impresionado con el esquema Greimas-Gennete-Alfano.

Días más tarde, el gerente general llamó al Flaco y le dijo: "Bueno, Alfano, ahora que ya sabemos cómo funcionan las telenovelas, escríbame una que acabe para siempre con la Fiallo". Le dio cuarenta días para salir al aire.

El Flaco intentó primero reclutar a Garmendia para el proyecto. Alfano aportaría la estructura diegético/mimética y Garmendia se encargaría de escribir los libretos: no podía fallar. Garmendia arguyó que estaba ya muy viejo para aprender trucos nuevos y declinó sin aspereza.

Por aquel tiempo yo no era más que un "dialoguista", alguien que escribe escenas y diálogos que se desprenden de un diagrama, sabe Dios si diegético/mimético. El diagrama de cada capítulo es obra del autor de la telenovela. Un autor cuenta con tres, cuatro y hasta cinco dialoguistas. Todos trabajan sujetos a un taylorismo frenético que intenta mantener la cadencia de producción de libretos por sobre el ritmo del estudio.

Garmendia puso sobre aviso a los dialoguistas y todos nos las arreglamos para estar ocupados o ausentes cuando Alfano asomara la cabeza en sus cubículos. De modo que el Flaco no logró hacerse de un equipo de escritores.

Furioso, el gerente general me desincorporó manu militari del equipo en el que trabajaba el del viejo Garmendia- y me ascendió a libretista concertino de su arma absoluta contra Delia Fiallo, la telenovela diegético/mimética del Flaco Alfano.

Al Flaco le tomó una mañana entera contarme de viva voz el argumento de su telenovela. Mirando hacia atrás, no alcanzo a recordar en detalle la historia que se proponía narrar el Flaco y que yo traté de escribir durante algún tiempo. Recuerdo, sí, que el Flaco gesticulaba una diversidad de niveles -"en el nivel paródico pasa esto; en el nivel retórico pasa esto otro"- para hacerme ver que habría un culebrón dentro del culebrón porque la heroína y el galán eran, en la ficción del Flaco, a su vez actores de telenovela. Todo el argumento transcurría en un canal de televisión. El tercero en discordia era un director de telenovela celópata.

En la vulgata de este negocio figura la admisión de que cuentas a lo sumo con seis emisiones de una hora para cebar tu anzuelo y enganchar un auditorio. Delia Fiallo solía lograrlo en una sola emisión.

Yo no supe explicar las premisas dramáticas del Flaco Alfano en menos de 27 emisiones, al cabo de las cuales Delia Fiallo me había hecho trizas junto con el arma absoluta del gerente general. Nadie en todo el país soportaba ver "TV Confidencial", que así se llamaba el culebrón con meta-telenovela incorporada.

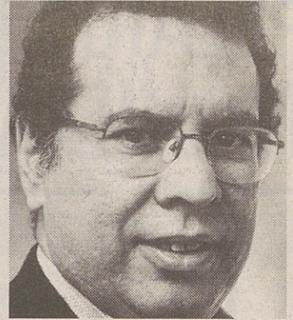
El profesor Guevara vino un día, muy preocupado, a mi oficina, y yo sólo supe contarle cuán difícil me resultaba enunciar, en el plano paródico de la metatelenovela, la pasión por la heroína que devoraba al galán y, al mismo tiempo, en el plano retórico de la telenovela nodriza, mantener vivo el rencor inextinguible que los separaba. Para subrayar las diferencias entre ambos planos, los diagramas del Flaco instruían enfáticamente que la heroína besase al galán de improvisado y que lo abofetease a la menor provocación. Los protagonistas dejaron de hablarme después de la segunda bofetada.

-En el plano paródico vuelcas tus prejuicios de literato contra el género-dictaminó Guevara-; y en el retórico ejecutas maquinalmente: no pones ternura ni intuición poética ni imaginación. En el plano paródico ves solamente un campo catártico donde desfogarte. En el retórico te funciona solamente la grafomanía. Concéntrate, ¿quieres? Date motivos para que te guste esta vaina o estás frito. Ternura, cabrón.

El Flaco no la pasaba mejor. Consumía noches enteras emborrando el papel milimetrado que yo encontraba por las mañanas prendido al carro de mi máquina de escribir (era un tiempo de máquinas eléctricas y líquido corrector). Me telefoneaba al atardecer para saber qué tal iba el libreto. Hubo semanas en que no nos vimos ni una sola vez. Trascorridas siete semanas en el aire, menos del 7% del encendido total estaba con nosotros.

Un día los protagonistas fueron a ver al gerente general. Ella no estaba dispuesta a continuar besando como una regalada al galán según la cadencia requerida por Alfano: un libreto sí y otro no. El no toleraría de ella ni un bofetón más por un quitame de ahí esa paja. Cuando quisieron mentirles que los números de la telenovela estaban subiendo paulatinamente, la protagonista se echó a reír: nadie la importunaba en el automercado desde hacía semanas. En la peluquería lle-

IBSEN MARTÍNEZ



Nació en Caracas en 1951. Es licenciado en Matemáticas por la Universidad Central de Venezuela y periodista.

BIOGRAFÍA

En 1981 estrenó en Caracas una pieza de cámara: *Humboldt & Bonpland, taxidermistas*. Desde 1983 escribe una muy leída columna semanal en el matutino caraqueño *El Nacional*. *El mono aullador de los manglares* (Grijablo-Mondadori, Caracas, 2000) es la primera novela de Ibsen Martínez. El autor es un exitoso creador de telenovelas en su país, entre ellas, *Por estas calles*, que logró alto nivel de audiencia en 1992. Ibsen Martínez Pimentel, casado, es polifacético de profesión: escritor de culebrones, artículos de prensa, novelas, relatos, piezas teatrales. En sus propias palabras, se define así: "Nacido mestizo de pardos criollos y de canarios impecunes, avocinado desde mi más tierna infancia en la ciudad de Santiago de León de Caracas".

Ha escrito para el teatro también *La hora Texaco* (1982). Colabora regularmente con *Letras Libres* (Madrid), *Lateral* (Barcelona), *Etcétera* (México), *El Malpensante* (Bogotá) y *Foreign Policy* (Washington).

garon a preguntarle cuándo volvería a la pantalla chica. Ambos exigían un inmediato cambio de libretista.

No fueron complacidos, pero desde las alturas me llegó la orden de poner fin a la telenovela diegético-mimética en exactamente cinco emisiones.

Esta historia termina como *Cosí fan tutte*: cada cual obtiene al final lo que andaba buscando, excepto quizá Salvador Garmendia que siempre apuntaba a la luna. Antes de que el canal clausurase definitivamente el laboratorio, el flaco Alfano tuvo tiempo de pulir la ponencia con el que anduvo por un tiempo de congreso en congreso: se titulaba "Teoría del galán: una formulación diegético/mimética". Con ella logró que lo invitaran a dictar un seminario sobre la telenovela latinoamericana en una universidad de Cataluña. Regresó a la Argentina en 1983. Actualmente es catedrático en una universidad de Nuevo México. Eso sí, perdió por segunda vez una biblioteca cuando el gerente general ordenó a Guevara donar todos los libros del laboratorio del Flaco a la escuela de Artes de la Universidad Experimental de Maracaibo, antes de entrar resueltamente en tratos con la señora Delia Fiallo. Desde entonces La Doña ha escrito ininterrumpidamente para el canal.

En cuanto a mí, en el plano diegético dejé para siempre la televisión y ahora soy periodista. En el plano puramente mimético me gustaría ser escritor. Salvador Garmendia murió pobre en Caracas hace tres años.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Semiología: Estudio de los signos en la vida social.

Manido: Trillado, común, sabido.

Proteico: Que cambia de forma o de ideas.

Vulgata: Versión latina de la Sagrada Escritura, que se remonta a San Jerónimo y fue declarada auténtica por la iglesia católica.

Diégesis: En una obra literaria, desarrollo narrativo de los hechos.

Érase una vez...
en Navidad

"Dos medias verdades no hacen una verdad y dos medias culturas no hacen una cultura".
Arthur Koestler.

RELATOS DE NAVIDAD

En este relato no importa lo que Jordi Soler nos cuenta sino cómo nos lo cuenta. Hay que fijarse en el lenguaje empleado; como se puede apreciar es una mezcla de español de América e inglés. No es una invención del autor, esta manera de hablar es muy común en los hispanos que viven en los Estados Unidos. Es el denominado espanglish. Oklahoma es la culpable de que lo conozcamos.

El intérprete



FERNANDO VICENTE

por Jordi Soler

Mira, es mi hermana", dijo Oklahoma señalando a Nebraska, que sonreía, no se si con malicia o sin ella, pero desde luego rara, con intriga de por medio.

"¿Que tal el viaje?", siguió diciendo Oklahoma con ese tono implacable que tiene a veces. "Dejamos el coche en el estacionamiento, hace un poco de frío, mejor súbete el cuello porque si no te vas a resfriar y para qué quieres". Oklahoma se preocupaba por mí y yo insistía en pensar que lo nuestro no era más que sexo, ni relación ni nada. "Así voy bien", dije, y regresé el cuello del abrigo a su lugar. Quería dejar perfectamente establecido que ese gesto de arreglarle las prendas al otro no me gusta, quiere decir, prendas más prendas menos, quisiera hacerme cargo de tu vida.

Elegí sentarme en el asiento trasero del Oldsmobile, un poco por comodidad y otro para ocultar que iba tiritando y que lo del cuello alza-

do no había sido después de todo tan mala idea. Oklahoma y su hermana iban hablo y hablo entre ellas. Observaban la cortesía de explicarme algún detalle de vez en cuando, no porque les importara que yo estuviera al tanto, más bien para aprovechar que había un tercero que les servía de coartada para decir lo mismo que se decían siempre, sin sentirse monotemáticas y repetitivas. Yo asentía cada vez que la conversación dejaba un hueco que debía ser llenado por un ajá mío. Llegamos, dijo Nebraska mientras acomodaba el Oldsmobile con torpeza frente al Grand Hotel Syracuse. "Nos hablamos mañana sí", por sister creo, dijo Oklahoma al bajarse. Yo dije algo que sonara a despedida. "¿Nada más traes eso de equipaje?", preguntó cuando entramos en la puerta revolvente. "Well,well, ahora la señora estará contenta", dijo el hombre que estaba detrás del mostrador. Oklahoma sonrió y yo saqué un millón de conclusiones, o mejor, de variaciones sobre la única conclusión posible, que era Oklahoma cuidando su perfil social, diciendo como que no quiere la cosa y para evitar el qué dirán, que su marido la alcanzaría en unos días. "Estás loco", dijo ella cuando le expli-

qué mi conclusión adentro del elevador. Entramos a la habitación, noté que estaba hosca conmigo. Mi conclusión la había molestado, dijo. Se encerró en el baño y al cabo de un rato salió ataviada con un camisón de esposa. Se metió resoplando en la cama y antes de hacerse la dormida tomó la precaución de darle la espalda al extremo que me correspondía. Yo estaba ahí parado viendo que rumbo tomaba su patata. Ni el abrigo me había quitado, así que cogí la llave y salí en busca de una copa. Un camisón de esposa en una relación sostenida exclusivamente por el sexo es una verdadera afrenta. Ya ni quise sumar los datos que había arrojado el hombre del mostrador. A través de las puertas de cristal del loby observé que estaba cayendo la tormenta de nieve del siglo. "Tenemos un bar muy confortable aquí en el hotel", dijo el mismo hombre que me había colgado hacía un rato el grado de esposo; se refugiaba detrás de su mostrador como, digamos, un tejón. Le di las gracias porque a fin de cuentas, tejón o no, ponía a mi alcance toda una alternativa. Seguí las indicaciones. Había que bajar unas escaleras y luego dirigirse hacia la parte posterior del hotel por una galería llena de aparadores con objetos deportivos. Llegué a una puerta que decía Sports Bar. Era un sitio cargado de memorabilia deportiva. Objetos de béisbol y de fútbol americano. Meseras en uniforme de referee anotaban la orden de los clientes como si estuvieran registrando una amonestación. Me sedujo la media luz y una barra de madera negra, sólida y bien pulida. También, hay que admitirlo, me seducía

“Llegamos, dijo Nebraska mientras acomodaba el Oldsmobile con torpeza frente al Grand Hotel Syracuse.”

“ El presentimiento que había tenido en México, de que ese viaje deformaría los lineamientos de la relación, empezaba a materializarse desde el principio. ”

que el mal humor de Oklahoma no me seducía nada. El bar tenía un generoso surtido de bebidas en exhibición, propio de las ciudades que pasan seis meses al año bajo la nieve, y orillan a sus habitantes a la bebida, o a mirar sin mesura la televisión, o al asesinato en serie. Media docena de televisores colgados del techo sintonizaban el mismo partido de béisbol. “Es un vídeo”, aclaró el bartender después de la impertinencia de una pregunta que le hice sobre la duración de la temporada. Que se tratara de un vídeo no significaba un obstáculo para que los bebedores, entusiasmados hasta el grito, festejaran noche tras noche la misma jugada. Elegí una esquina y pedí ginebra a una réferi negra. El bar tenía también entrada por la calle y un gran ventanal que permitía ver la tormenta de nieve. Solo, sentado en la barra, comencé a lamentar el viaje largo que había hecho, nada más para experimentar en otra latitud el sexo con mi amante, que esa noche se negaba a tener sexo conmigo. El presentimiento que había tenido en México, de que ese viaje deformaría los lineamientos de la relación, empezaba a materializarse desde el principio de la estancia. Traía a Oklahoma colgada al cuello. Cuando llegué a la segunda ginebra la tortícolis se había desvanecido. Una ráfaga de gritos y aplausos provocados por el mismo jonrón que los clientes veían todos los días enturbió momentáneamente mi bienestar. Vi

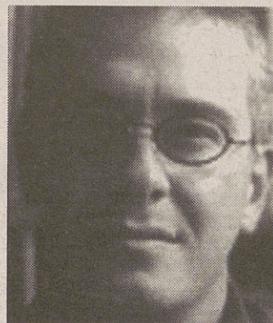
“ Hubiera podido salir directamente por la puerta del bar, pero antes tenía que conseguir unas raquetas para poder desplazarme en la intemperie. ”

cómo mi vecino de barra agitaba en el aire una chicken wing, pintaba en el aire una constelación de salsa barbecue, con varias estrellas excéntricas que fueron a plantarse en la manga de mi camisa. No dije nada, tenía aspecto de ser un loco peligroso. Lo mismo podía concluirse del resto del personal. Hombres sin rasurar, con el seso sepultado debajo de una gorra deportiva, con grasa de pollo o de hamburguesa entre las uñas. “¿No te interesa el partido?”, preguntó el autor de la constelación. Traía una fibra de pechuga colgándole de la barba. “Si, cómo no, is great”, dije, y rematé con dos o tres minutos de atención a la pantalla. El ambiente iba siendo caldeado sin tregua por una calefacción que invitaba al sueño. Pedí una ginebra más para beberla de golpe. Salí del bar por la galería deportiva con dirección al hombre del mostrador. La tormenta había terminado. Hubiera podido salir directamente por la puerta del bar, pero antes tenía que conseguir unas raquetas para poder desplazarme en la intemperie. Pasé de la cale-

facción al frío intenso. Me levanté el cuello del abrigo, justamente como lo había sugerido Oklahoma hacía unas horas. Trepé con mis pies bien equipados al promontorio de nieve que se levantaba frente a la puerta del Grand Hotel Syracuse. Trastabillé un poco. El hombre del mostrador, que veía desde dentro mi andar torpe, sacó la boca por una abertura mínima y gritó: “lleve cuidado”. Alcé una mano para agradecer su preocupación. Desde la cima del promontorio vi que estaba situado a la altura general de la calle. Nevada histórica, metro y medio de nieve que algún escuadrón de menesterosos limpiaría durante la noche. Avancé con dificultad. Levantar cada paso esos artilugios tiene su chiste. De pronto se quedan atrapados en la nieve y hay que levantar pierna por pierna y sacudirlas para que caiga el lastre. Caminé unas cuerdas sobre Salina St. Lo supe porque vi el nombre de la calle en un letrero que me llegaba a la cintura. Di vuelta en Adams. Un viejo aparentemente atrapado por la tormenta, manoteó pidiendo ayuda cuando me vio pasar. “Lo siento”, no podía ayudarlo, tenía otros planes. Al llegar a Townsend St. ya llevaba una velocidad considerable. Iba aplicando con pericia las raquetas, evitando las partes escarpadas. En algunas calles habían empezado a trabajar las máquinas quita nieve. Un murmullo general iba y venía según la distancia entre mi viaje y ellas. Noté que confor-

me ganaba ritmo y velocidad, las partes de mi cuerpo empezaban a vibrar en un tono que, con la suficiente tenacidad, podía convertirse en sonido. Tratando de no perder velocidad exageré el braceo y las flexiones en las piernas. La vibración comenzó a transformarse en sonidos armónicos. Creo que llevaba cara de triunfo porque un hombre que paleaba nieve gritó “¿está usted bien?” Lo preguntó, sospecho, por el contraste de mi júbilo con el paisaje que era más bien para llorar. Aceleré. Ahora cada rodilla producía una nota musical, lo mismo sucedía con los codos. ¿Cómo no voy a estar bien si vengo haciendo esta música?, pensé. Llegué a la periferia de la ciudad y tomé el freeway 690 con dirección a Onondaga Lake. La nieve se había congelado. No circulaba un alma, aceleré. La música de las rodillas empezaba a consonar con la que hacían los codos. Lleno de entusiasmo empecé a mover también los hombros y las caderas. Descubrí que de ahí salían tonos más graves, más de base fuerte, perfectos para los codos y las rodillas que

JORDI SOLER



Jordi Soler nació en La Portuguesa en 1963, una comunidad de republicanos catalanes situada en la selva de Veracruz (México).

BIOGRAFÍA

Jordi Soler nunca ha ejercido su carrera de diseñador industrial. Durante doce años ha hecho programas de radio. Ha desfilado por los periódicos mexicanos *Uno más uno*, *Excelsior* y *La Jornada*; actualmente escribe en *Reforma* y también colabora en algunas revistas. Es autor de los libros de poemas *El corazón es un pero que se tira por la ventana* (1993), *Ola Perdida* (El Tucán de Virginia, 1996) y *La novia del soldado japonés* (2001), los relatos recogidos en *La cantante descalza y otros casos oscuros del rock* (Alfaguara, 1998) y las novelas *Bocafloja* (1994), *La corsaria* (1996), *Nueve Aquitania* (Alfaguara, 1999) y *La mujer que tenía los pies feos* (Alfaguara, 2002).

En la actualidad presenta un programa nocturno de radio. Para conciliar el sueño necesita un noticiero de televisión. Su posesión más preciada es una fotografía donde aparece abrazando a los Rolling Stones.

producían notas más melodiosas. El viento que barría el freeway aumentaba el volumen de la música. Un trabajador a bordo de una máquina quitanieve se quitó la gorra y saludó el paso de mi sinfonía. Para corresponderle, improvisé una vuelta cerrada que produjo un arpegio y coroné mi gracia con tres brinquitos en staccato. Seguí la ruta, recuperé mi aire sinfónico. Llegué a la salida 39 en pleno crescendo. Iba moviendo la orquesta completa. Descubrí que los párpados, al cerrarlos con fuerza, acentuaban, como platillos, ciertas partes de la composición. Entré de lleno a la superficie congelada del Onondaga Lake. Agitaba eufórico mi brazo izquierdo que venía sonando como violoncello, y mi rodilla derecha, que con la velocidad que permitía el lago, había pasado de fagot a clarinete. Di vueltas y vueltas por el lago, no sé cuántas. Salí cansado al freeway a ejecutar mi regreso en pianísimo. El trabajador que había aplaudido mi paso, ofreció llevarme en su máquina. Pensé que era un buen punto para terminar la sinfonía. Dejé el par de raquetas en el mostrador del Grand Hotel Syracuse. Dije buenas noches y me subí al elevador. Entré a la habitación. Oklahoma dormía. Me quité el abrigo con cuidado para no despertarla. Me vi en el espejo del baño, de cuerpo entero. El abrigo colgando del brazo, la ropa empapada. Los fragmentos de hielo que me quedaban en los párpados comenzaban a derretirse, hacían agua, tenía la sensación de que lloraba.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Loby: Vestíbulo.

Referee: Árbitro.

Bartender: Barman, camarero.

Jonrón: Una de las más importantes jugadas de béisbol.

Chicken wing: Ala de pollo.

Great: Estupendo.

Freeway: Autopista.

Fagot: Instrumento musical de viento formado por un tubo de madera con agujeros y llaves y una boquilla de caña.

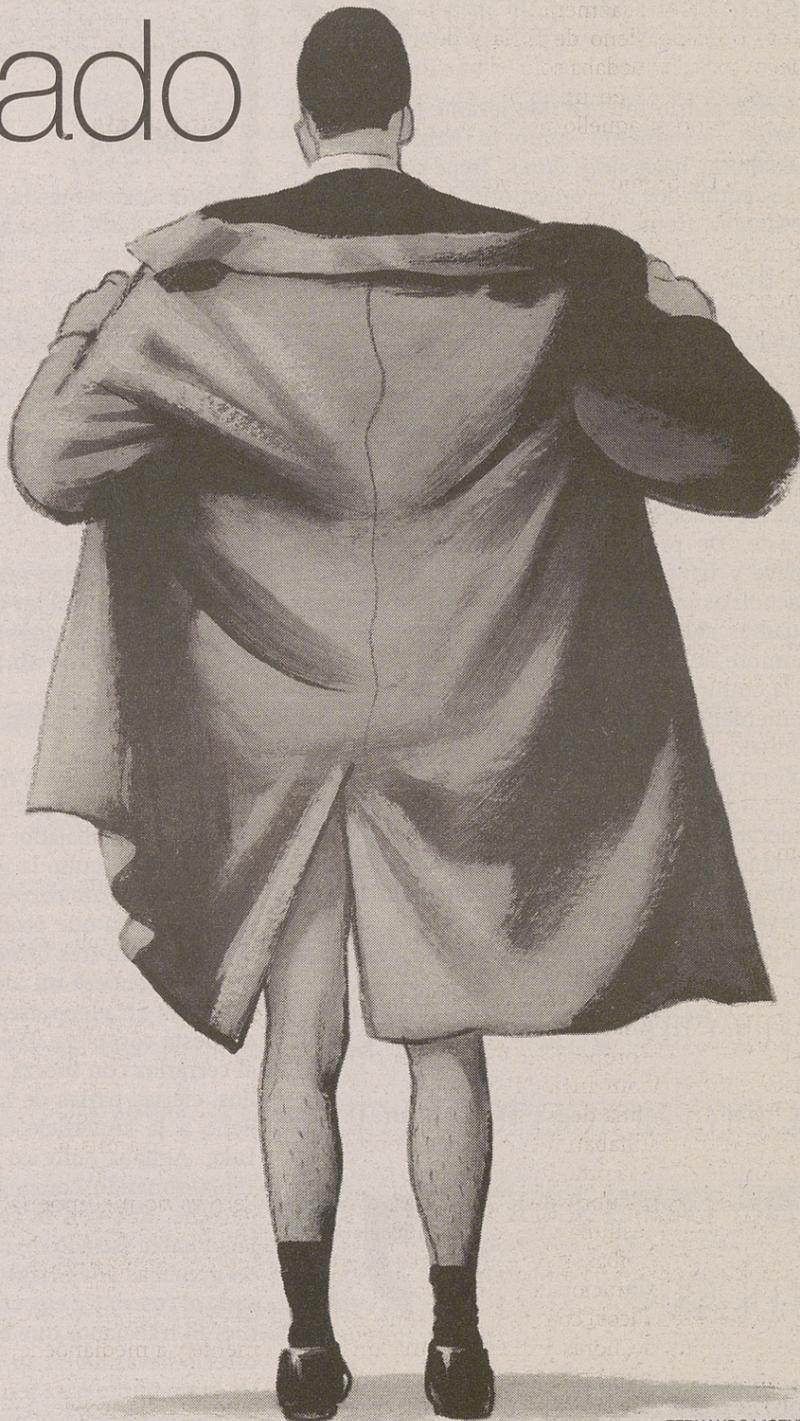
Érase una vez...
en Navidad

“El principio de la educación es predicar con el ejemplo”.
Turgot

RELATOS DE NAVIDAD

Ésta es la historia de un parado que tiene una extraña costumbre que consiste en sentarse en un banco en el parque, quitarse la americana, abrir el periódico y repasar los anuncios de trabajo que había visto aquel día, mojar muy despacio la punta del bolígrafo y ponerles una crucecita roja a los anuncios visitados esa mañana. Un día le pica la curiosidad por lo que observa a su alrededor y altera su rutina. ¿Llegará a ser un fracasado social?

Fracasado social



FERNANDO VICENTE

por Jorge Eduardo Benavides

Ahora ya lo sé todo. Ahora, cuando se me acerca un tipo que pide limosna le miro directo a los ojos hasta que se confunde o me retiro enfadado, y si el colega insiste en meterme por las narices sus paquetitos de kleenex le digo bien alto: "no me engañas, fracasado social", como para que se entere todo el mundo, y eso basta para que se escabulla de inmediato. Con los viejos hago lo mismo, sobre todo cuando los encuentro en los parques: "fracasado social", y sonrío ante la súbita palidez, el temblor renovado que los invade. Con algunos niños y con ciertos hombres que leen periódicos en los parques también, me acerco y les digo: "fracasado social", así, bien alto, y ellos no responden, dándome bruscamente la espalda. Lo que ocurre es que ahora sé quiénes son.

Estaba sentado en mi banca del parque cuando llegó el primero que conocí. Al principio yo no me había fijado en él, pero cuando levanté momentáneamente la vista de mis crucecitas, lo vi sentado casi enfrente de mí, encogido y artrítico, con unas cejas de mechones enhiestos, como de gnomo, y una expresión densa de viejo solitario. Asediado por un tumulto de palomas inagotables esparcía maíz con ademanes desinteresados y

perfectos. No había más que verlo para saber que éste se quedaría, que no pertenecía a esa estirpe de ancianos resurrectos que vagan sin parque fijo esperando la absolución del tiempo o quién sabe qué. Los otros viejos se removían inquietos en sus bancas con un crujido reumático y apollado, tal vez pensando lo mismo que yo, que este viejo sí se quedaría entre ellos. Seguí con lo mío porque no soy una persona que se distraiga fácilmente de sus obligaciones y al rato me olvidé del viejo. Me daba gusto sentarme con el periódico y repasar los anuncios de trabajos que había visto aquel día. Me quitaba la americana, mojaba despacio la punta del boli -es una manía mía, a Candelaria le sacaba de quicio- y les ponía una crucecita roja a los visitados durante la mañana. En casa tengo apilada en varios cajones la sección Ofertas de Trabajo de los periódicos revisados durante más de dos años, y los domingos por la tarde todavía me gusta mirarlos porque es como pasear por un cementerio minúsculo, lleno de crucecitas rojas y solemnes, perfectamente alineadas. Cuando se lo comenté a Candelaria me dijo: "sí, es un cementerio y tú eres el sepulturero", pero yo seguí almacenando las hojas de periódico. No puedo ocultar que estoy orgulloso de mi colección.

Por eso cuando estaba en el parque (ahora no, ahora huyo de los parques, de los vie-

jos, de los limosneros, de los parados, de los niños) apenas me fijaba en nada más que en las crucecitas que iba levantando despacio y cuidadosamente sobre los avisos. Luego sí, luego me gustaba mirar alrededor y fijarme en los viejos, sobre todo en los ocasionales, porque a los viejos viejos (puede parecer una redundancia, pero en atención a la frecuencia con que visitan el parque hay viejos viejos y viejos nuevos) ya los tenía más que vistos. Los hay también ocasionales, y esos suelen ser los más inquietantes porque cuando aparecen por primera vez son observados con desconfianza por los otros, nadie sabe si éste se quedará, si tendrán que aceptarlo a regañadientes en su comuna decrepita y matutina. Al menos era lo que yo pensaba, sin darme cuenta todavía, hasta esa mañana, de que la realidad era mucho más complicada.

Pero en aquel viejo nuevo que acababa de llegar al parque había un aire vanidoso y esquivo, una cierta resolución que no lograba disimular su pulso tembleque ni sus parpadeos rápidos y legañosos. Los días siguientes siguió apareciendo por allí más o menos a la misma hora y retirándose justo cuando cruzan el parque las niñas del colegio cercano. Parecía como ensayado: apenas se dejaba oír el griterío de las niñas acercándose por uno de los senderos del parque, el viejo se levantaba en medio de un revuelo de palomas. Resultó ser más cronométrico que ninguno, por eso no dudé en darle mentalmente una plaza como viejo nuevo. Así todos los días.

La mañana en que apareció el otro hombre yo había llegado algo tarde y sólo continuaban en el parque el viejo nuevo y otros dos, pero estos ya se iban. El hombre aparentaba haber cruzado esa edad siniestra en que se empieza a ser socialmente un desecho si es que uno no está integrado en el tejido laboral (es una palabra que me gusta: tejido laboral, a veces sueño con ella). Era rubicundo y óseo, con unos ojos apacibles de doncella que contrastaban violentamente con sus facciones atormentadas. Tenía una revista ajada en la mano y de vez en cuando la enrollaba con furia, como si lo asaltaran pensamientos malignos. Lo que más me extrañó fue que llevara una gabardina en plena canícula, que es otra palabra que me gusta, y que he encontrado ya en dos tests de empleo.

Yo había terminado con mis crucecitas y estaba a punto de levantarme para ir por mis dos cañas de media jornada, pero se estaba tan bien allí que decidí regalarme con unos minutos más, escuchando el griterío de las niñas acercándose. Todo fue demasiado rápido y al principio, cuando lo vi incorporarse con absoluta tranquilidad y dirigirse hacia el grupo de chiquillas no comprendí bien qué era lo que ocurría. Estaba de espaldas a mí y de pronto abrió su gabardina como un extraño murciélago o una figura luciferina. Sólo cuando las niñas salieron gritando en estampida, me di cuenta de que el hombre no llevaba nada bajo la gabardina. Pude ver sus canillas flacas y llenas de pelos como cerdas, los zapatones de alpinista en los que hasta ese momento no me había fijado. Luego se fue caminando despacio, en medio del silencio irreal del mediodía, aparentemente absorto en sus pensamientos como un transeúnte cualquiera. Al parecer el viejo nuevo no se había dado cuenta de nada y, contra su costumbre, seguía arrojándoles millo a las palomas con sus movimientos robóticos.

En el bar me tomé la primera caña sosegadamente, pensando en el exhibicionista, en el carácter vagamente teatral con que había ejecutado su acto. Era idéntico a los exhibicionistas de las películas y pensé no sin cierto desencanto que los estereotipos habían minado toda espontaneidad en la gente, una pena. Terminé despacio la segun-

da caña, arrojé el periódico en una papelería, doblé con cuidado la sección Ofertas de Trabajo, ahora llena de crucecitas rojas, y me fui a casa a mecanografiar más currículums y a seguir con mis clases de Radio Ecca.

No volví a ver a aquel hombre sino hasta dos o tres semanas más tarde. Aquella mañana había resultado estupenda: coloqué siete currículums y en dos empresas me hicieron tres o cuatro preguntas más de las habituales, lo que siempre resulta de agradecer, no porque signifique nada en especial sino porque altera mínimamente la rutina y eso, repito, siempre es gratificante, aunque a Candelaria le pareciera una estupidez. En el parque estaban los viejos, imperturbables como lagartos al sol, arrojando millo y masticando trabajosamente la nada con sus encías carcomidas, porque así suelen hacer los viejos. Saqué el bolígrafo, le mojé la punta y empecé a llenar de crucecitas el periódico. Al poco rato apareció el exhibicionista, se sentó con su periódico frente al viejo nuevo, y empezó a hojearlo sin interés. Los otros viejos ya se habían marchado. Aunque tenía mucho que hacer, decidí quedarme. Me daba curiosidad saber cómo se comportaría ahora, pues no llevaba la gabardina. Cuando aparecieron las niñas por el sendero alfombrado de hojas crepitantes, el hombre les cerró el paso y antes de que ellas pudieran darse cuenta se bajó los pantalones con una celeridad profesional y encomiable, haciéndolas huir como la primera vez. El viejo nuevo seguía esparciendo millo, rodeado de palomas rumorosas, ajeno por completo a lo ocurrido.

Nada habría cambiado para mí si ese mediodía no me hubiera olvidado el periódico en el parque. "Las cruces", pensé en el bar, sintiendo un vértigo helado y traicionero que me aflojó las piernas. Dejé atolondradamente la caña y me encaminé hacia la banca justo en el momento en que el viejo nuevo se levantaba -al parecer no me había visto-, desenroscaba su bastón como si fuera un taco de billar y con paso atlético se perdiera en la densidad amazónica de aquel sector del parque. No pude resistir la tentación de seguirlo: lo vi cruzar Méndez Núñez, coger por Santa Rosalía y sumergirse en la penumbra de un bar. Apostado en la barra estaba el exhibicionista, bebiendo una cerveza. El viejo nuevo se le acercó dándole unas palmadas afectuosas y se pusieron a charlar animadamente. Yo, que había recuperado mi periódico, me oculté tras él y pedí una cerveza. El viejo nuevo se bebió de un golpe la caña que le puso el camarero y cogió un puñado de manises que fue tragando con ademanes rudos de estibador. Pidieron luego unas raciones de calamares o croquetas -desde donde estaba no podía distinguir bien qué era- luego ambos bebieron café y consultaron sus relojes. Se dieron otra vez palmadas de viejos compinches y salieron. Pagué y salí detrás de ellos pero tomaban caminos distintos. Pude escuchar que el exhibicionista le decía al otro: "a las once estoy terminando en La Granja, pásate por ahí luego y avísales a los demás". Enseguida cogió un taxi y el viejo nuevo se encaminó otra vez hacia el parque. Antes de llegar allí su andar se hizo más lento, como si cada paso que daba lo fuera devolviendo a la decrepitud. Compró una bolsa de millo, desenroscó el bastón y ahora, convertido nuevamente en el anciano crepuscular que yo había conocido se sentó en una banca desde donde empezó a echar con primor el millo que atraía a las palomas.

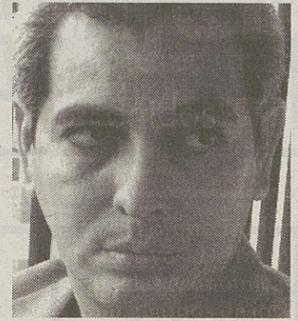
Pese a que todo aquello me resultaba extraño y había perdido las lecciones de Radio Ecca y el documental de la Dos, después del almuerzo fui a la Plaza del Príncipe porque no tolero romper mi rutina; el caos y el desorden me

causan espanto: al caer la tarde me gustaba ir por allí, donde me confundía con gente de mi edad, voraces lectores de periódicos que como yo probablemente también estaban en el paro.

Poco antes de las once de la noche me dirigí al parque La Granja y no fue necesario que diera muchas vueltas para ubicar al exhibicionista: estaba sentado en una banca solitaria, con su aire taciturno y atormentado, y cuando pasaba una chica haciendo footing o caminando apresurada se bajaba fugazmente el pantalón o hacía un gesto obscuro, lleno de furia y demencia, pero luego, cuando quedaba solo (él no me había visto, yo estaba detrás de un árbol) volvía a ensimismarse como si aquello no fuera con él. Parecía impaciente.

De pronto escuché voces y pisadas a mi espalda y casi no tuve tiempo de esconderme: el viejo nuevo y otros más aparecieron caminando y charlando despreocupadamente hasta llegar donde el exhibicionista, que los esperaba con una sonrisa. Pero también estaba con ellos un hombre de barba y aspecto estragado que tenía varios paquetitos de kleenex en la mano: de golpe recordé haberlo visto abalanzándose sobre los coches detenidos en la Rambla, gimoteando y ofreciendo sus pañuelos desechables. Al poco rato llegaron dos niñas, dos colegialas de aquellas a quienes el exhibicionista se encargaba de amedrentar y otro hombre cuyo rostro también me resultaba familiar: ahora sé que es uno de los tipos que acuden a la Plaza del Príncipe, uno de esos devoradores de periódicos que copan las bancas de los parques. Oculto detrás del árbol pude escuchar lo que decían aunque al principio no entendí bien de qué estaban discutiendo, a veces a gritos y quitándose la palabra unos a otros. Hablaban de los salarios de hambre que recibían, de la injusta situación laboral a que estaban sometidos; las niñas parecían más enfadadas que los otros y el vendedor de kleenex exponía argumentos llenos de lógica y sentido común: puesto que ellos se encargaban de sustentar el tejido laboral (escuchar esa palabra hizo dar un vuelco a mi corazón) en calidad de fracasados profesionales, manteniendo así el equilibrio necesario de desproporción social en el país, era justo que se vieran mejor retribuidos. Además, intervino arisca una de las niñas, los cursillos de capacitación resultaban insuficientes y obsoletos. No sólo eso, dijo la otra, fumando, sino que faltaba personal para cubrir distintas plazas, ellas no podían hacer de estudiantes problemáticas, de frívolas playeras y pibas de discoteca, ese pluriempleo era anticonstitucional. Sobre todo eso, dijo el lector de periódicos con una voz rencorosa y grave, el plus de horas extras era una miseria, ¿cuándo se iban a convocar oposiciones? Volvieron a alzarse las voces encendidas de todos, interrumpiéndose frenéticamente, hasta que el exhibicionista dijo que, como delegado sindical, les comunicaba la buena nueva: se convocaban plazas para fracasado social dentro de poco. Sentí que se me humedecían las palmas de la mano. Sin pensarlo más me acerqué a ellos y aprovechando el momentáneo desconcierto que les produjo mi presencia, les dije que por casualidad había escuchado su conversación y que estaba perfectamente capacitado para cualquiera de aquellos trabajos. Es más, añadí pensando en mi providencial colección de crucecitas, tengo dos años de experiencia que puedo demostrar; hay más de quinientas empresas que pueden avalar mi condición de parado y cabal incompetente (al decirlo pensé en Candelaria, ella opinaba así). Observé que se dirigían miradas de soslayo cuando el exhibicionista me invitó a sentarme junto a él. Bueno, amigo, me dijo ofreciéndome un cigarrillo, sólo es cuestión de rellenar este formulario

JORGE E. BENAVIDES



Jorge Eduardo Benavides (Arequipa, Perú 1964), estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Garcilaso de la Vega.

BIOGRAFÍA

Tras su paso por el periodismo radiofónico, se trasladó a Tenerife donde fundó y dirigió el taller literario Entrelíneas. En 2002 publica la excelente novela *Los años inútiles*, en la que narra los últimos coletazos políticos de la década de los ochenta en su país. Con *El año que rompí contigo* (2003) nos cuenta, por medio de una técnica narrativa y un estilo infalibles, otro momento traumático en la vida republicana del Perú, el instante previo lleno de incertidumbre que precedió la llegada al poder del ingeniero Alberto Fujimori. Benavides ratifica así su talento como novelista y se sitúa a la cabeza de la nueva narrativa peruana. En la actualidad vive en Madrid, donde imparte y dirige talleres literarios y colabora con revistas literarias de prestigio.

Ha publicado un libro de relatos, *Cuentario y otros relatos* (1989). En 1988 recibió el Premio de Cuentos José María Arguedas de la Federación Peruana de Escritores.

-una de las niñas sacó un impreso de su mochila y enviarlo a la dirección que tiene allí. Puede que nos sirva, agregó. ¿Cuál es su especialidad?, preguntó el viejo nuevo adelantando su rostro de gnomo hacia mí. Lo pensé unos segundos y dije que cualquier cosa, aunque en realidad mi experiencia se centraba fundamentalmente en el paro. Soy un parado con experiencia, añadí resueltamente, incluso hago chapuzas de vez en cuando. Se miraron dando aprobativas cabezaditas. No había más que hablar, dijo el exhibicionista, estaba a tiempo para preparar las oposiciones, aunque eso sí, me advirtió: mucha discreción.

Esa misma noche cuando se lo conté a Candelaria, como de costumbre no me creyó. Pero ya no me importaba, como no me importó en ese momento que hiciera sus maletas, murmurando desvaríos, acusándome de haber perdido el juicio -pasaba por una fuerte depresión nerviosa, la pobre- y se largara. Así, intempestivamente y a medianoche. Yo creo que estaba celosa porque era un empleo bien retribuido y no cualquiera podía acceder a él. Esperé cerca de un mes la contestación a mi solicitud y cuando esta llegó, rellené con ansia los nuevos impresos que adjuntaban. Hice un examen lleno de preguntas engañosamente fáciles (cuántos periódicos revisaba al día, que vestimenta usaba para ir a los parques, cosas así) y luego de otro mes me llegó la contestación definitiva. No me aceptaban. Con mi currículum y no me aceptaban. Pero claro, como todo en este país, para ser un fracasado social también se necesita manga.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Artrítico: Que padece inflamación de las articulaciones.

Enhiesto: Levantado, derecho.

Gnomo: En los cuentos infantiles, geniecillo o enano.

Luciferino: Pertenciente o relativo a Lucifer, príncipe de los ángeles rebeldes.

Millo: Planta originaria de la India, con tallos de unos 6 decímetros, hojas planas y flores en panojas terminales, encorvadas en el ápice.

Érase una vez...
en Navidad

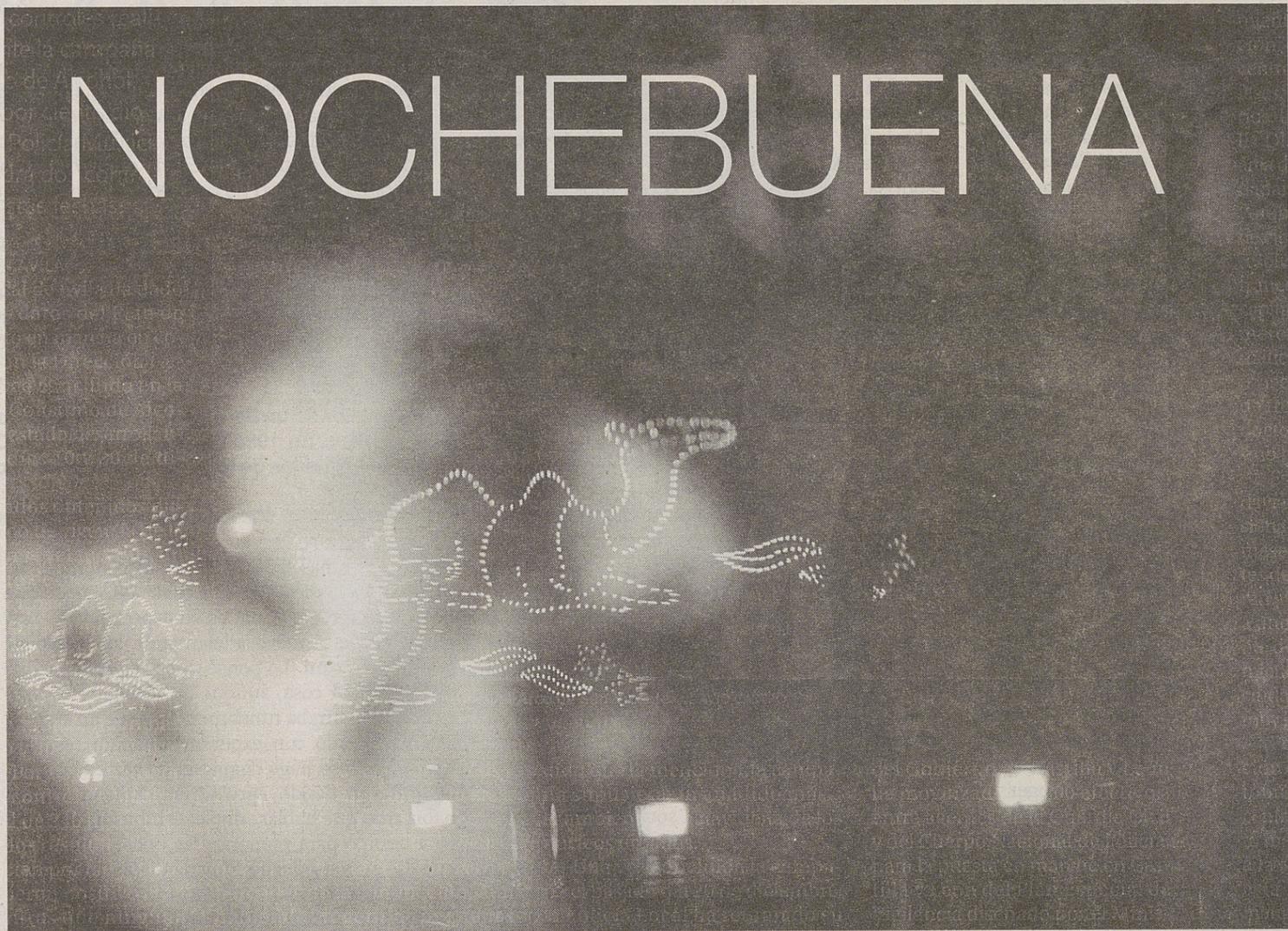


"Un buen padre vale por cien maestros".
Jean-Jacques Rousseau

RELATOS DE NAVIDAD

El cuento se desarrolla en medio de la carretera, en una estación de servicio varada en una Argentina de horizontes abiertos. En medio de la Nochebuena coincide un grupo de autoestopistas que se disponen a improvisar una cena entre amigos. Destaca Omar, el más dinámico de todos, el que anima el cotarro y el que, inesperadamente, permanecerá en la memoria del protagonista.

EXTRAÑOS EN NOCHEBUENA



por Mario César Yudicello

La estación de servicio iluminada por los fluorescentes semejaba una estrella viva en el océano denso de la noche circundante. En ella convergían tres carreteras como nudo caprichoso de andares y caminos

Bajamos de la caja de la camioneta en medio del mar oscuro que hace la noche en la selva misionera después de un traqueteante viaje de trescientos kilómetros de asfaltos sarmentosos y pozos que no avisan.

Estábamos tan cansados que no teníamos ánimo ni tan siquiera para prepararnos una cena caliente o tomar café. Después, con los pies fuera de los botines, caímos en cuenta que era Nochebuena así que nos decidimos por una lata de sardinas con pan y tomate que masticamos desganados, mirando

nostálgicos al infinito y pensando en las familias lejanas reunidas en torno a la mesa navideña.

El encargado de la estación nos dijo que dado lo avanzado de la hora sería muy difícil que alguien nos llevara, así que estirando el mentón nos señaló, para pasar la noche, un sitio dentro de la fosa de lavado que aún estaba en construcción, donde de cuando en cuando aterrizaban unos escarabajos voladores -bichos cascarudos enormes- que la selva enviaba como latigazos quitinosos cegados por la luz.

Los otros dos autostopistas aparecieron en la mancha de luz de la playa de estacionamiento caminando muy despacio y acarreado una inmensa bolsa con naranjas que, no bien estuvieron a nuestro lado, arrojaron al suelo con un ¡ahhnnnnn....! diciendo que venían de El Dorado y seguían para Buenos Aires. A todos se nos translucía la fatiga en preguntas lánguidas y respuestas más con

gestos que palabras.

Cuando aparecieron los otros, el mate amargo circulaba con la misma fluidez que las palabras sobre las experiencias vividas, así la rueda se agrandó y aparecieron galletas, fiambres y hasta una botella con anís para el brindis. Omar comenzó contando chistes verdes y nadie se quedó atrás, después pasó a imitar a personajes de la política o la televisión y nosotros a reír sin parar, tanto que a medida que hacía las imitaciones se desplazaba por distintos lugares que le servían de escenario propicio para cada nueva representación y nosotros lo seguíamos inmersos en un frenesí hilarante, aunque a cierta altura le pedíamos por favor que parara un minuto para poder respirar; vos Carlos estabas tirado en el suelo y rogabas que se detuviera un momento para rehacerte del calambre en el estómago de tanto reír.

Pero en Omar todo esto no hacía si no exacerbarlo más con nuevas ocurrencias, bromas e imitaciones.

En un momento paró en seco y organizó un partido de fútbol en pleno asfalto de la ruta; la pelota: una lata de aceite vacía que sacaba chispas del suelo con cada certero puntapié, no había ningún arco prefijado para meter los goles, pero todo era carrera desenfadada tras la estela chispeante en la negrura de la noche selvática. Recuerdo que

“Metido en el saco de dormir, con el último cigarrillo entre los labios, parezco un gusano verde.”

“Creo que todos volvimos un poco a la realidad cuando un camión fugaz casi atropella a uno y siguió sin detenerse.”

mientras corríamos yo intentaba dar a una respuesta acorde al cansancio general que nos dominaba media hora antes, y me decía: no puede ser que estemos haciendo esto, y por otro lado no podía dejar de correr y reír igual que los demás, como un poseso.

Creo que todos volvimos un poco a la realidad cuando un camión fugaz casi atropella a uno y siguió sin detenerse, allí paramos todos y nos volvimos arrastrando los pies con el peso del cansancio hacia el plato iluminado del playón de la gasolinera.

Metido en el saco de dormir, con el último cigarrillo entre los labios, parezco un gusano verde que procura el sueño que no llega con semejante fatiga. Me ibas a comentar algo del itinerario para el día siguiente cuando Javier, el de las naranjas, pasa a nuestro lado en dirección al baño del fondo y dice:

“Che, que tipo fenomenal ese Omar que está con ustedes”.

Y yo le contesté, desganado, que con nosotros no vino; después de un dialogo que ya ni recuerdo, salí del saco vermicular y le preguntamos a los del otro grupo, los santia-

gueños que habían llegado al último, pero dijeron que con ellos tampoco. Y comenzamos a buscarlo entre todos, despertamos al encargado de la estación para saber si sabía algo de Omar, pero nos contestó con aliento a caña paraguaya y de mala manera que no sabía nada.

Y te buscamos Omar, toda esa noche hasta donde era posible en la espesura profunda de los alrededores, la ciudad más próxima a cuarenta kilómetros; pero no te encontramos Omar, te diluiste tan naturalmente como habías aparecido.

Y ahora que han pasado como treinta años, mientras escribo esto, sigo tratando de recomponerte para encontrarte entre estas palabras como alguna certeza, y me pregunto: ¿Dónde estarás?... ¿seguirás apareciendo con tu magia alegre por los caminos, compartiendo tu algarabía con cuanto viajero cansado quiera participar en tus monerías? ¿O simplemente fuiste la estrella que cayó del cielo en ese Belén tropical para aliviarnos la nostalgia y la fatiga?

Mario César Yudicello Cortez



Odontólogo de profesión, el argentino Mario César Yudicello Cortez (Córdoba, 1951), que reside en Arenas de San Pedro, publicó este pasado verano en 'La Revista', para leer en verano el relato 'Rótulos', y ahora regresa con este cuento ambientado en la Navidad. Mario César Yudicello cursó Comunicación Social en su país, compartió talleres literarios con Daniel Moyano en Madrid (1990). Publicó en 'El Adelantado de Segovia' los cuentos 'Viñetas crueles'; 'Zona roja y otros cuentos', en la editorial El Copista (Argentina); 'Uppercut'. Que pase el que sigue'. Editorial Fojas Cero. 2002 y 'Somos memoria', una antología narrativa, auspiciada por el Centro Italianística de la Universidad Nacional de Córdoba. Editorial. El Copista. (2003). Mario César Yudicello es miembro activo del Grupo Literario argentino 'La Cañada'.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Quitinoso: De quitina, sustancia orgánica que se encuentra en el caparazón de los artrópodos, el cual debe a ella su dureza, y en las paredes celulares de los hongos.

Vermicular: Apéndice vermicular. Prolongación delgada y cerrada, situada en la parte final del intestino ciego del hombre y algunos animales.

ical

Agencia de Noticias de Castilla y León

Toda la información de Castilla y León actualizada al minuto en www.icalnews.com

Nuestra versión para profesionales en www.agenciaical.com

RELATOS DE NAVIDAD

Este pequeño relato navideño tiene como protagonista al menor de dos hermanos y sus peripecias al salir de clase y montar por primera vez en el coche con Mariano, el mayor: el que siempre tiene razón y que él está deseando que se equivoque. La inocencia del pequeño y sus miedos emergen a un primer plano casi en el desenlace, que mezcla la ternura con la dura realidad, que en ocasiones aparece en esta época del año

FLORES DE PASCUA

por María Soraya Geijo Uribe

El monitor ya le ha llamado la atención tres veces, y si no para de pensar en lo que vio el día anterior escondido detrás de la puerta del despacho de la directora, seguro que lo hará más veces. Así que deja solos a sus compañeros con los villancicos y empieza a repetirse las instrucciones en bajito: un doblez, otro doblez, la lazada y poner la pegatina de "Feliz Navidad".

Vuelta a empezar: un doblez, Mariano descarga un puñetazo en la mesa, ¡qué susto!; otro doblez, la directora le recuerda que es el primer año sin la madre; la lazada, él se ríe como los malos de la tele y dice que al fin la celebración de la navidad será "como debe ser: en familia y sin estorbos" y la pegatina, se marcha gritando "hasta nunca".

Ni se entera del timbre que anuncia el recreo y empieza con otro doblez. Si acaba con todos sus lazos le darán más paga y la necesita para sus planes. Le gustaría explicárselo al monitor cuando, con una palmada en el hombro, le manda ir con los demás a la salita común; aunque eso estropearía la sorpresa para mamá, con lo que le ha costado planearla. Todavía tiembla si piensa en el policía aquel.

Recuerda que ya estaba nervioso antes de arrancar, pues era la primera vez que Mariano le subía a su coche. Con mamá iban en el autobús de línea. Además se contaban sus cosas; pero Mariano le mandó callar, prefería oír la radio. Claro que al llegar a la ciudad empezó a dar vueltas a una plaza sin dejar de decir palabrotas hasta que paró el coche en un paso de cebra y le advirtió: "No te muevas hasta que venga. Sólo voy a tardar un momentito. ¡Ah! Otra cosa, si viene la policía, no les digas nada y si se te cae la baba, mejor; bueno, sin



pasarte, a ver si me vas a manchar la tapicería".

Quizá fuera porque Mariano era el mayor de los dos, porque siempre fue muy listo: cuando decía algo, se cumplía. Como aquel día, que nada más irse, llegó un policía que parecía muy enfadado, tanto que le amenazó con llamar a la grúa y llevárselo dentro del coche. Y ahí fue cuando Mariano se equivocó por primera vez en su vida, pues con el miedo, además de caérsele la baba, se hizo pis encima. ¿Qué otra cosa podía hacer sino salir corriendo?

No se atrevía a parar, ni a mirar atrás por si el policía le seguía. Lo cierto es que cuando al fin paró, no tenía ni idea de dónde estaba y le entraron unas ganas terribles de llorar. No sabía cómo regresar al colegio, porque le habían inculcado que pidiera ayuda a la policía si se perdía, pero ahora no podía hacer eso. Así que siguió andando, mirando a su alrededor,

como si buscara alguna señal. Enseguida le llamó la atención aquel escaparate tan iluminado lleno de flores de pascua empaquetadas en un papel brillante rematado con sus lazos de "Feliz Navidad". Eso le llenó de orgullo y pensó en su madre, que todos los años ponía una flor de pascua como primer adorno navideño mientras le advertía: "Hijo, tenemos que regarla bien para que adorne todas las fiestas y pensar un deseo cada uno porque, cuando el mes que viene se le caigan las hojas, se harán realidad". Nunca supo qué deseo pedía mamá, pero él siempre pedía el mismo: que el Madrid gane la liga. Este año sería diferente, se escaparía, compraría con sus ahorros una flor de pascua con su lazo y, al llegar al pueblo, iría directo al cementerio, se colaría y la pondría sobre la tumba de mamá.

Seguro que en enero, mamá volvía a casa.

“ Quizá fuera porque Mariano era el mayor de los dos, porque siempre fue muy listo: cuando decía algo, se cumplía ”

RELATOS DE NAVIDAD

El relato de Manuel García Martínez-Falero está ambientado en el prólogo de la Navidad, en ese día de la Lotería, en el que la salmodia de los premios se mezcla con la realidad más prosaica. El protagonista recorre esos ambientes hasta que los contenidos de un periódico le hacen reflexionar sobre la Navidad más subjetiva.

Un cuento como debe ser



por Manuel García Martínez-Falero

El niño de pelo negro y ojos rasgados cogió la bolita en el instante en el que la cafetera empezó a chistar. Ya no oí nada más porque me fui a la cocina a atender la llamada. Cuando volví con la taza de café con leche un grupo de fotógrafos asediaban al chiquillo que intentaba disimular su satisfacción con una sonrisa de carné de algo, de colegial, imaginando, por su edad. Intenté leer las cifras que se agarraban a la bolita. No lo conseguí, eran muy pequeñas y mi vista declina, pero de inmediato el número entero apareció pintado en la pantalla. Ya no presté atención, sólo me fijé en que acababa en tres. Será porque en la lotería a la gente únicamente le interesa y pregunta por el número en el que acaba el premio. A mí realmente me daba igual, no jugaba nada, ni siquiera una sola de esas papeletas que te dan en la carnicería junto con los filetes o dos con el solomillo. Más tarde me enteré de que el gordo acabó en cinco, el número que yo vi debió ser el segundo o el tercer premio.

Después de terminar el desayuno bajé a la calle. Seguían llegando a mis oídos los cantos de otros niños que también deseaban el acoso de los periodistas, traídos por los huecos que dejan las puertas que se abren y se cierran de los bares y las tiendas. Me acerqué a unos grandes almacenes que abren todos los días de la semana durante la Navidad, aunque de haber sido cualquier otra época del año hoy también estarían abiertos porque es jueves. En la puerta había un par de chavales que se acercaron a mí, nueve o diez años supongo, como los de la lotería. Me pidieron que les comprara alguna papeleta de una rifa a beneficio de su equipo de fútbol, para adquirir camisetas o algo así, no lo sé con seguridad porque no presté mucha atención, nunca me han interesado los juegos de azar. Les sonreí, les di las gracias, a uno de ellos le puse una mano paternal en

la cabeza y no les compré nada. Entré en la tienda grande y tumultuosa. Me paré delante del cartel que informa de lo que se vende en cada planta. Estuve allí un rato aguantando los empujones de los que tenían las intenciones más claras que yo. Después de unos minutos me di cuenta de que el problema no era que hubiera muchas secciones donde poder elegir las compras que tenía que hacer sino que no sabía lo que quería comprar. Siempre crees que la gente que te rodea te conoce y tú los conoces a ellos, que por el mero hecho de convivir ya basta y de repente un día, hoy por ejemplo, te das cuenta que no es así, que ni siquiera sabes lo que desean o les gusta si no te lo han dicho o encargado con antelación. Decidí que no era un buen momento para elegir esos regalos que se ignoran. Eché de menos a los Reyes Magos, ellos sí sabían, siempre acertaban, debían conocerme muy bien. Desanduve el camino y salí a la calle, volvería mañana o al día siguiente. Los dos chavales de la rifa seguían porfiando en un empeño que parecía baldío. Pensé que el lugar que habían elegido no era buen sitio para vender papeletas. Sólo quedaban una par de días para Nochebuena y la gente andaba muy ocupada y con prisas por terminar las compras. Como esa mañana ya no tenía nada más que hacer compré el periódico, crucé la calle y entré en una cafetería para leerlo con tranquilidad. El camarero me sirvió un vino y unas patatas fritas. Ya era un poco tarde para continuar con el café con leche. En la portada el periódico decía que hoy era el día de la ilusión, pero en las páginas interiores destacaban un caso de corrupción municipal, otro de malos tratos, una trifulca en no sé qué comisión y el parte diario de un par de guerras. Estaba claro que las noticias no daban tregua porque la humanidad no la da. Salté de titular en titular hasta que en

una de las páginas finales encontré un cuento de Navidad. Lo leí con detenimiento. Era sombrío, hablaba de la avaricia, del desamparo, del egoísmo, de la soledad, de la profanación de la fiesta, de la miseria humana, de la tristeza. Me sentí mal, pensé que no había derecho, que nadie debería escribir un cuento como ese, que la Navidad debía significar gozo, que era el momento de revertir las desdichas, de sentir y compartir alegría, de darle la vuelta, aún por unos días, a la vida. Salí de la cafetería, me dirigí hacia los muchachos de la rifa, les compré todas las papeletas, les invité a un refresco y les conté un cuento de navidad bonito, alegre y feliz, como tienen que ser.

Manuel
García
Martínez



Manuel García Martínez Falero, 39 años, nació y vive en Madrid, aunque cuando puede se escapa al pueblo de sus sueños, Las Navas del Marqués. Abogado de profesión, tiene una novela inédita y varios relatos.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

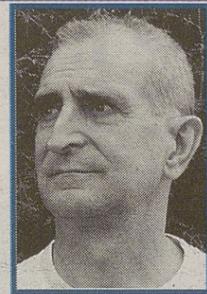
Profanación: Acción de profanar. Tratar una cosa sagrada sin el debido respeto. Por extensión, tratar sin respeto cosas dignas de él, o hacer uso indigno de cosas respetables.

Porfiar: Sostener alguien una cosa con obstinación.

“ Estaba claro que las noticias no daban tregua porque la Humanidad tampoco la da. ”

CITAS ILUSTRES

Ilustradas



Texto: José Luis Serna
Dibujo: PPT

No he encontrado a nadie, lo siento, dijo el enviado. «¿Pero cómo es posible que no haya ningún ciudadano abulense que sea buena persona?, ¿te envío al bosque y no eres capaz de encontrar unas ramas para hacer fuego?» -repuso el jefe de la sección 34798210-27, encargado del envío de ángeles a la zona centro de la península para muestreo estadístico-. No me lo creo, no me lo creo, ahora mismo volverás al Mercado Grande disfrazado de hombre rico y pedirás a diferentes personas una limosna». El enviado, un ángel delgado de ojos azules y aire despistado al que apodan Querubio, mira a su superior con extrañeza y tras unos instantes de silencio le dice: «¿De hombre rico?... ¿No sería mejor disfrazarme de pobre para que las personas se apiaden de mí?» -Hazme caso que sé lo que te digo -intervino de nuevo Serafín, el anciano, el huesudo, el experimentado responsable de la sección 34798210-27-. Las personas que sólo son capaces de socorrer a aquellos que consideran apropiados no tienen un espíritu suficientemente magnánimo y demues-

tran una cierta soberbia al creerse justos distribuidores de riquezas, piensan que están capacitados para determinar quién es digno de recibir ayuda y quién no, únicamente los seres que prestan su ayuda sin preguntar son realmente buenos. -Usted perdone, -dijo Querubio-, pero yo creo que si hay alguien que presta ayuda a quien no parece necesitarla es estúpido y se expone a ser engañado. Tú serías, por lo que veo, uno de esos seres que juzgas por las apariencias, contesta Serafín que se pasa la mano por su cabeza mientras expulsa lentamente una bocanada de aire dando la impresión de estar incómodo al tener que responder a su subordinado, aunque lo considera necesario y se dispone a hacerlo con la paciencia de un jefe paternal. La imagen exterior de las personas y de las cosas es la encargada de ocultarnos el interior, además este interior no tiene por qué mantener una relación de igualdad, ni siquiera de semejanza, con el exterior, fíjate, por ejemplo, en las naranjas, los gajos son porciones de placer y vitaminas en nada parecidos a su celulíti-

co revestimiento, o los hombres que aparentan solvencia económica, los ricos, no suelen ser los que más tienen sino los que más deben, están tremendamente endeudados, los verdaderos ricos son los que no tienen nada porque nada ambicionan, ¿lo entiendes?

-Si estoy de acuerdo con usted es sólo en parte porque, con el debido respeto, si a la naranja de su ejemplo le salen manchas en la piel es el síntoma de que el interior está, o estará, podrido, es decir que el exterior, aunque oculta lo interno, también lo enseña. Y en cuanto al hombre rico, quiero decirle que es posible que esté endeudado, pero lo cierto es que vive como un rico, con las posesiones, los bienes y los placeres que el dinero proporciona, luego es rico en su apariencia y en su fondo.

«La mona, -dijo Serafín subiendo el tono para tratar de imponer de esta forma su criterio al joven y para que entendiera que comenzaba a perder los nervios- aunque se vista de seda mona se queda».

«Yo creo que no -dijo el joven que le estaba cogiendo gusto a discrepar ante su jefe-. Si en los tiempos que vivimos una mona se viste con seda, conduce un cochazo y da buenas propinas, se convierte en princesa y la dejan pasar a cualquier fiesta».

Serafín no aguantó más y llamó con aparente calma a otro ángel joven y, ante la presencia de Querubio le dijo: desde hoy realizarás el trabajo que había encomendado a tu compañero porque él es incapaz de encontrar un poco de leña en la inmensidad del bosque y se enreda entre las ramas altas, desde hoy pasará de ser enviado a misiones especiales a ser mi ayudante personal». Y ustedes se preguntarán si el nuevo enviado encontró, o no, a buenas personas entre los ciudadanos abulenses, ¿no? Y yo les contesto, si Ávila es la capital de España más elevada sobre el nivel del mar, es decir, la que está más cerca del cielo, ¿no se les pegará a sus habitantes algo de los ángeles que viven allí?



HAY QUIEN CRUZA EL BOSQUE Y NO ENCUENTRA LEÑA PARA EL FUEGO. (TOLSTOY)

Tolstoi (1828-1910). Escritor ruso.

Uno de los grandes novelistas mundiales. En 1949 intentó mejorar las condiciones de vida de los campesinos, pero fracasó. Sus experiencias en Sebastopol cuando era soldado las plasmó en «Guerra y paz», una de las grandes epopeyas narrativas de la literatura moderna. Tras otro fracaso de reforma social realizó varios viajes por Europa. Entre 1875 y 77 redactó «Anna Karenina», cuya última parte es autobiográfica, mostrando la crisis moral que por entonces sufrió y cuya consecuencia fue su conversión al cristianismo. Entonces escribe «Mi confesión», «Los evangelios» y «Mi religión». Como resultado de la publicación de «Resurrección» fue excomulgado por el santo sínodo, debido a las críticas que en ella se vertían sobre la iglesia. Sus últimas producciones: «La sonata de Kreutzer», «La muerte de Ivan Ilich», «¿Qué es arte?», «El poder de las tinieblas», «El cadáver viviente».

EQUILIBRADA Y DIGESTIVA



Agua Montedoso
Mineral Natural

